

EL EJE TRANSATLÁNTICO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD HEGEMÓNICA EN EL ÁMBITO DE LOS ESTUDIOS AMERICANOS

The Transatlantic axis in the construction of hegemonic identity in American Studies

Juan Antonio Perles Rochel

Universidad de Málaga (España)

Este trabajo explora la construcción del discurso identitario en los Estados Unidos a través del canon literario entendido como constructo cultural. Partiendo de una breve reflexión sobre la situación del discurso identitario en España, se atiende al diálogo cultural transatlántico a través de figuras clave del canon literario estadounidense de la etapa colonial y de los comienzos del proyecto nacional de los Estados Unidos de Norteamérica.

Palabras clave

Estudios Americanos, Discurso identitario, Diálogo transatlántico

This paper explores the construction of identity as a discourse in the United States of America through one of its most interesting cultural constructs: its literary canon. The essay briefly compares the situation of identity discourse in Spain and deals with cultural transatlantic dialogue addressing key figures of the American Literary Canon, mainly from the Colonial and Independence periods.

Keywords

American Studies, Identity discourse, Transatlantic dialogue

Pocos podrán negar la importancia del año 1492 en la historia, no solo de España, sino del mundo. Aunque los libros de historia incorporan acontecimientos de calado para ese año, la conquista del reino nazarí de Granada, por ejemplo, hecho que básicamente marcó los inicios de España como estado-nación, hay uno que despunta por su importancia innegable y que es, en cierta manera, consecuencia del anterior: el “Descubrimiento” de América el 12 de octubre de ese icónico año. Para España, la nación patrocinadora de la azarosa expedición, la llegada del Almirante D. Cristóbal Colón a la isla de Guanahaní, se ha convertido en una especie de relato fundacional que ha venido proporcionado a los españoles durante siglos cierta estructura y cohesión identitaria. No en vano el 12 de octubre se convirtió en el día de la celebración de la fiesta nacional.

Para España, el episodio conocido como el “Descubrimiento de América” marcó el inicio de aproximadamente dos siglos de hegemonía mundial a los que con sus luces y sus sombras (probablemente más sombras que luces) se apela en la construcción del relato identitario nacional. Poco importa que América no fuera realmente descubierta por Cristóbal Colón, ya existía en la imaginación europea de mucho antes y es más que probable que expediciones de vikingos o de monjes irlandeses arribaran mucho antes que el navegante genovés, ni que el “Descubrimiento” abriera una etapa de violenta conquista y colonización. Si España fue grande y no lo es ahora siempre es sugerente y esperanzador apelar, con matices, eso sí, a un pasado que siempre aporta coherencia y sentido a un relato identitario, aunque esté en horas bajas, como es el caso del español.

Y es que si algo queda en evidencia en estos tiempos en los que la crisis ha reavivado retos secesionistas y solicitudes de revisión del discurso identitario en España, es que las identidades nacionales no son esencia inmutables, si no que pueden entenderse como sistemas de representación cultural que necesitan de una autoregeneración continua, muy dependiente de los contextos (social, económico, entre otros) y de las sensibilidades políticas del momento. J. Tomlinson, en su libro *Cultural Imperialism* (1991) entendía, con razón, que puede existir, como bien sentimos en la actualidad en España, divergencia en lo que concierne a la representación nacional de los diversos grupos sociales, es decir, que el relato identitario puede muy bien ser distinto atendiendo al origen, es decir, si proviene del poder (de los gobiernos, aunque no exclusivamente), grupos sociales o culturales o si se aplican enfoques de clase, género u orientación sexual.

A pesar de esta divergencia posible, que, a nuestro entender, viene siendo más evidente a medida

que el estado-nación viene perdiendo poder a favor de otros entes, ya sean estos supranacionales o núcleos de poder económico, la idea de unidad nacional a través de un relato identitario hegemónico sigue teniendo vigencia. Y la articulación de este relato se viene haciendo a través de la intervención cultural, es decir, a través de la historia, de la literatura, de los medios de comunicación. Estos relatos se plasman en prácticas culturales diversas que tienen como objetivo la exaltación y reedición de ciertas partes del discurso identitario hegemónico.

Si el relato identitario español tiene mala salud, no puede decirse lo mismo del caso de los Estados Unidos de América. Allí, a pesar de las múltiples tensiones sufridas en el corazón de su proyecto de nación, como pueden ser las producidas por la innegable multiplicidad de identidades raciales y culturales de su enorme población, el relato identitario se viene manteniendo con escasas variaciones desde finales de la Segunda Guerra Mundial.

No es intención de este trabajo el lograr la exhaustividad. Más bien la de identificar y exponer algunos hitos que la historia de la literatura y la cultura en Estados Unidos despliega a través de sus expresiones canónicas, y por lo tanto culturales, siendo, como seguro van a fácilmente entender, los comienzos del recorrido de los Estados Unidos como nación, es decir, la etapa colonial y la época de la Guerra de la Independencia, los momentos en los que se hizo más necesario e imperioso, junto con el siglo XIX hasta la Guerra Civil atender a cuestiones de identidad nacional. La etapa colonial se releyó e interpretó bajo la lógica política de la Independencia, poniéndose más énfasis en los aspectos sociales, políticos y religiosos que los diferenciaban de Europa y es por ello que también será objeto de nuestra atención en esta ocasión.

1. La etapa colonial

Dos líneas de experiencia colonial muy distintas, siempre desde la perspectiva de la experiencia colonial de la Inglaterra del siglo XVII, han sido tradicionalmente atendidas en el ámbito de los Estudios Americanos. Nos referimos al asentamiento virginiano, que en cierta manera copiaba el modelo español de colonización dirigido hacia la explotación de recursos y su comercialización, y el asentamiento de Nueva Inglaterra, protagonizado por disidentes religiosos que, al contrario de los virginianos, perseguían un asentamiento permanente en los terrenos colonizados.

De la primera línea de colonización, ha quedado más bien poco en lo que a la definición de la identidad hegemónica nacional se refiere. Esto es ciertamente comprensible si pensamos que los tipos

de cultivo elegidos entonces, tabaco fundamentalmente, llevaron a la incorporación de los que llamaron inicialmente *"indentured servants"*, es decir trabajadores que no recibían un salario y que, tras un periodo de trabajo, recibían la libertad. No pasó mucho tiempo, desde los inicios de la colonización, hasta que se recurrió al comercio de esclavos como una solución óptima para obtener unos recursos humanos más que necesitados. También nos ha quedado una bonita historia, la de la supuesta relación amorosa del Capitán John Smith y la princesa india Pocahontas. Me temo que, para no entrar en detalles, he de anunciar que la mencionada princesa, que sí que existió, no se enamoró nunca del John Smith real ni le salvó la vida. Nuestro héroe colonial incorporó referencias a Pocahontas en su *General History of Virginia and The Summer Isles*, libro que publicó en Inglaterra con la idea de atraer a nuevos colonos, para hacer pensar a los Europeos que los indios de América eran poco belicosos y, además, era relativamente fácil plegar sus voluntades ante la "evidente" superioridad intelectual, moral y tecnológica del colonizador.

De la segunda línea de colonización sí que es posible extraer grandes relatos fundacionales que alimentan la identidad hegemónica en los Estados Unidos. Y esto es, en mi humilde opinión, bastante paradójico. Déjenme explicarles. No creo que esté desvelando ningún secreto si afirmo que aquellos disidentes religiosos que huyeron de Inglaterra, pasaron por Holanda y se asentaron en lo que hoy llamamos Nueva Inglaterra tienen verdadera mala prensa. No hay más que leer la obra teatral de Arthur Miller *The Crucible*, en la que el reputado dramaturgo revista el descarnado episodio de las brujas de Salem, para darnos cuenta. Y esta interpretación no pertenece únicamente al intelectual contemporáneo, también puede rastrearse en otras épocas. H.L. Mencken, periodista y escritor de principios del siglo XX y gran inventor de frases memorables, tenía una muy ilustrativa en la que definía el puritanismo en los siguientes términos: *«Puritanism: the haunting fear that someone, somewhere might be happy»* (Puritanismo: un miedo terrible a que alguien, en algún lugar sea feliz). Sin embargo, los jóvenes estadounidenses, y seguro que los presentes habrán presenciado alguna serie de televisión o largometraje en que esto se evidencia a modo de representación teatral escolar, llaman a estos disidentes con el cariñoso apelativo de "peregrinos" (viajeros trascendentes), y le otorgan una consideración cuasi adánica. Estas curiosas representaciones tienen lugar en torno a finales de noviembre. Esta experiencia colonial queda celebrada a través de una de las prácticas culturales más interesantes de occidente: el llamado día de "Acción de Gracias" que, en Estados Unidos viene a tener más se-

«La etapa colonial se releyó e interpretó bajo la lógica política de la Independencia, poniéndose más énfasis en los aspectos sociales, políticos y religiosos que los diferenciaban de Europa»

guimiento que incluso las fiestas de Navidad y que conmemora, de una manera algo utópica, la interacción entre los colonos y los habitantes nativos de Norteamérica.

¿Cómo podemos explicar entonces que de estos disidentes, tan odiados por su autarquismo, su intolerancia y escaso amor por las artes, se haya generado la historia fundacional por excelencia de los Estados Unidos? Obviamente, este hecho no tiene una explicación fácil. La obvia quizás, es que no eran tan malos como los hemos venido en juzgar. Muchas de las características que les han otorgado tan mala prensa pueden ser comprendidas, que no justificadas, por los rigores propios de los inicios de la colonización. Déjenme darles un ejemplo, en la narrativa de captura, un sub-género en prosa que surgió en Norteamérica, Mary White Rowlandson nos cuenta las tribulaciones que ella y su familia sufrieron como consecuencia del ataque de unos despiadados indios (los *"algonkians"*) a finales del siglo XVII en su libro titulado *The Sovereignty and Goodness of GOD, Together with the Faithfulness of His Promises Displayed; Being a Narrative of the Captivity and Restoration of Mrs Mary Rowlandson* (1682), todo un *bestseller* de la época. A pesar de que las relaciones que para finales del siglo XVII se mantenían con las tribus circundantes eran muy fluidas, ella no puede más que caracterizar a los *"algonkians"* como agentes del infierno. Y ello a pesar de que existían indios (nativo-americanos) que se habían convertido al cristianismo que ellos llamaban *"praying indians"*. Estos agentes de Satanás habitaban en el bosque, el lugar donde las fuerzas sobrenaturales parecían ejercer un poder incomprensible para los colonos. Este esquema de relación, que les llevaba a estar constantemente prevenidos frente a la diferencia, contrasta con la tolerancia que los quáqueros asentados en la zona de Pennsylvania desplegaban hacia los nativos. Esta tolerancia les llevo, en más de una ocasión, a ser víctima de ataques sorpresivos por parte de los indios.

Durante la celebración de "Acción de Gracias", una fiesta no religiosa a pesar de tener como prota-

gonistas a unos cristianos fundamentalistas, se enfatiza aquello que une a los estadounidenses, más que lo que los separa. Se trata de una práctica cultural en la que se trascienden las barreras de clase y cultura y que, precisamente por ello, es profundamente popular.

«Durante la celebración de “Acción de Gracias”, una fiesta no religiosa a pesar de tener como protagonistas a unos cristianos fundamentalistas, se enfatiza aquello que une a los estadounidenses, más que lo que los separa»

2. La etapa revolucionaria

La Guerra de la Independencia y sus consecuencias jugó, aunque esto sea casi de perogrullo decirlo, un papel fundamental en la configuración de la identidad hegemónica nacional. Si en la etapa colonial no era imperativo establecer distancias con la metrópoli, el conflicto llevó a la necesidad de escudriñar en la excepcionalidad de la experiencia americana con el objetivo de distanciarse de la potencia opresora.

En esta línea podemos entender el trabajo de Hector St. John de Crevecoeur, un *philosophe* francés educado en Inglaterra y residente en el estado de Nueva York durante la etapa pre-revolucionaria. Su obra es fundamentalmente conocida por haber sido uno de los primeros en ofrecer una respuesta a la pregunta “¿Qué es un americano?” en su libro *Letters from an American Farmer* (1782). Más allá de la respuesta que ofrece, que no es más que un listado de nacionalidades europeas (ingleses, escoceses, irlandeses, franceses, holandeses, alemanes y suecos) aunque, eso sí, mezclados, lo importante de este texto es que ya anuncia las ventajas que, desde su punto de vista, la experiencia colonial ofrece al emigrante europeo: un más fácil acceso a un título de propiedad de tierras (lo cual no era baladí, ya que, recordemos, esto era esencial en las democracias occidentales incipientes para acceder al voto) y la existencia de una sociedad que no marca la diferencia entre las clases sociales muy alejada de vivencias feudales (describe una sociedad muy Jeffersoniana de granjeros ilustrados). Estos dos aspectos darán

consistencia a la médula política del proyecto diferenciador revolucionario, línea discursiva que es identificable aún en la actualidad en las manifestaciones de algunos políticos estadounidenses cuando se esfuerzan en marcar distancias frente a la “vieja Europa”.

No abundaremos en esta ocasión en la mismísima Declaración de la Independencia, vaca sagrada del discurso político y línea de flotación de la configuración de la identidad hegemónica no sólo a finales del XVIII, sino también durante el siglo XIX (fíjense hasta que punto esto es así, que cuando las feministas de la convención de Seneca Falls, lideradas por Susan B. Anthony, decidieron escribir un manifiesto feminista utilizaron la “plantilla” de la Declaración de la Independencia).

Creo quizás, más importante en esta ocasión dedicar algún tiempo a considerar la figura del ilustrado americano por excelencia: Benjamin Franklin. Más allá de sus aciertos diplomáticos durante la Guerra de Independencia, convenciendo a los franceses para que les ofrecieran apoyo, más allá de sus prácticas invenciones (el socorrido pararrayos u otros más pedestres como un “servicio de bomberos”), de su participación en la elaboración del texto constitucional estadounidense, Franklin nos interesa por su aportación a la creación de una de las líneas discursivas de la identidad hegemónica que más ha pervivido hasta la actualidad. Me refiero al hombre hecho a sí mismo. Efectivamente, Benjamin Franklin tuvo el acierto de apelar al hombre común, al trabajador, al artesano, ofreciéndole en su introducción en el *Almanaque del pobre Richard*, titulada “El camino a la fortuna” (*The Way to Wealth*) una ristra de aforismos que apelaban a la frugalidad, a la paciencia y a la dedicación al trabajo como vías de consecución del éxito. Esta línea ideológica la continuó en su *Autobiografía*, texto en el que se ofrece como paradigma secular para las generaciones venideras y que hace una adaptación de las historias de santos o de conversión que tan populares habían hecho nuestros queridos disidentes religiosos, calvinistas radicales, que los europeos solemos llamar “Puritanos”.

Consciente de que queda aún mucho por hablar, por explorar, ya que los inicios del XIX, periodo de expansión territorial por excelencia, incidirán en la “excepcionalidad” americana con una reelaboración del concepto bíblico de “pueblo elegido” a través de lo que conocemos como “Destino Manifiesto”, creo que la prudencia aconseja dejar aquí este recorrido por la configuración de la identidad hegemónica en EEUU partiendo de la experiencia colonial, punto de partida del intercambio de miradas entre Europa y América. Tan sólo quisiera hacerle dos consideraciones para terminar y que, más que resumen o colofón de lo contado, sirvan para resaltar la relevancia o, casi, poca visibilidad en lo expuesto. La primera:

nótese el protagonismo del odiado WASP (siglas para el tentetioso White Anglo-saxon Protestant) figura inapelable que recoge todas las maldades de la identidad hegemónica. La segunda: perciban, por favor, cómo estas líneas discursivas que torpe y atropelladamente se me antojan como afluentes de un largo y embarrado río embarrado que muchos han dado en llamar “sueño americano”, ese constructo ideológico que se erige como reclamo político y económico para el inmigrante universal.

Fuentes y bibliografía

- Crevecoeur, H. S. J. (1997). *Letters from an American Farmer*. New York: Oxford University Press.
- Crasnow, E. y Haffenden P. (1989). *New Founde Land*. En Bradbury M. y Temperley T., *An introduction to American Studies*. London: Longman.
- Franklin, B. (1996). *The Autobiography of Benjamin Franklin*. New York: Dover Thrift Editions.
- Franklin, B. (2012). *Poor Richard's Almanac*. New York: Renaissance Classics.
- Miller, A. (1968). *The Crucible*. London: Penguin.
- Rowlandson, M. (1682). *The Sovereignty and Goodness of GOD, Together with the Faithfulness of His Promises Displayed; Being a Narrative of the Captivity and Restoration of Mrs Mary Rowlandson*. Disponible en: http://mith.umd.edu/eada/html/display.php?docs=rowlandson_narrative.xml
- Smith, J. (2003). *Generall History of Virginia and The Summer Isles*. Disponible en: <http://www.americanjournes.org/pdf/AJ-082.pdf>
- Tomlinson, J. (1991). *Cultural Imperialism*. London: Printer Press.